

Lo mejor y lo peor



DAVID RUANO

Si algo caracteriza a la propia vida es su naturaleza dinámica, cambiante sin cesar. El dinamismo establece un continuo de desarrollo constante, y eso a los humanos a veces nos desconcierta y nos empuja a parcelar y establecer etapas para comprender mejor el devenir. Así, todos los grupos culturales, en función de su contexto, han ido diseñando un imaginario de periodos vitales estables y otros de periodos de cambio. Sin ir más lejos, en nuestro contexto sociocultural señalamos la adolescencia como una etapa de transición hacia la juventud y la vida adulta.

MIQUEL ÀNGEL ESSOMBA

Director de Unesco-Cataluña y profesor del Departamento de Pedagogía Aplicada de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB).

De eso trata básicamente la obra *Los chicos de historia*. Alan Bennett nos proporciona una pieza teatral, primero, y una película, después, y en ambas podemos asistir a un momento clave de la vida de varios adolescentes ingleses: la preparación de su ingreso en Oxbrigde (léase Oxford y Cambridge). El texto refleja claramente aspectos vinculados a la transición académica –siempre protagonizada por un ritual de paso, en forma de prueba o examen–, pero también aparecen aspectos relacionados con la transición personal de los personajes, con claras referencias a la evolución hacia una orientación sexual madura, desde distintas perspectivas.

Los chicos de historia, ambientada en el Reino Unido thatcheriano de principios de los ochenta, se fundamenta en los elementos típicos de una sociedad clasista que se desea políticamente correcta, un contexto social que somete a sus ciudadanos a elevadas cuotas de exigencia pero que, sin embargo, admite la flexibilidad, si se trata de personas de familias acomodadas. Un país donde el escándalo no significa mantener relaciones sexuales impúdicas sino que dichas relaciones impúdicas se hagan públicas. Doble moral: mantener las formas y ocultar el fondo.

Estos chicos, sometidos a la presión de ese ritual y ese momento clave, viven las emociones propias de tales circunstancias. Por un lado, manifiestan sus incertidumbres ante lo desconocido: lo que les espera, si la prueba es definitivamente superada. A su vez, viven también la fascinación por lo que les aguarda, que se convierte en motor del esfuerzo y de la dedicación para alcanzarlo. Para conseguir su objetivo, los chicos reciben preparación por parte de dos profesores que tienen una filosofía educativa y unos métodos pedagógicos contrapuestos. Tenemos por una parte a Irwin, profesor joven que centra su acción escolar en un aprendizaje tradicional, en el que el contenido precede y supera al sujeto, y debe aprenderse de manera objetiva. Por otro lado, los chicos también reciben lecciones de Héctor, un profesor mayor, homosexual, que basa su acción en la espontaneidad, en la creatividad, alejándose de los cánones académicos preponderantes en la Inglaterra de finales de siglo XX, todavía dominados por la ortodoxia de la tradición escolar.

La obra es un fiel reflejo literario de lo que Suchodolsky convino en denominar la “pedagogía de la esencia” y la “pedagogía de la existencia”. Una pedagogía de la esencia, la de Irwin, que en sí misma ensalza el valor intrínseco del examen como medida de valor de la persona, y que entroniza los contenidos conceptuales como el corazón de la acción educativa en la escuela. Poco que ver con la pedagogía de la existencia, practicada por Héctor, que desea sobre todo contribuir al crecimiento de la persona y al desarrollo máximo de sus propias capacidades, sin guiones preestablecidos, sin reglas que coarten la explosión controlada del potencial personal.

La universidad es un faro al alcance de esos chicos, y probablemente uno acabe teniendo la impresión de que para acercarse a su luz los protagonistas necesitan ambas dimensiones: una formación sólida de contenidos que les permita navegar con comodidad por las aguas de la formación terciaria, y una capacidad de creatividad y apropiación personal de lo que se trabaja, imprescindible para ser mínimamente competente. La verdad es que tanto Irwin como Héctor son dos personajes afec-

tados que, debido a una licencia literaria, acentúan las características de su posición pedagógica vital. Pero si reducimos la naturaleza de su teatralidad a la mitad, se hace verdaderamente difícil responder a una hipotética disyuntiva de tener que escoger entre uno u otro. De todos modos, la lección pedagógica de la obra no radica ahí.

El verdadero meollo del texto tiene que ver más con lo que comentábamos al inicio. El autor desea dejarnos claro, desde el principio, que debemos identificar a dos colectivos: unos educandos –los adolescentes– en clara fase de transición a la universidad y al mundo adulto, y unos educadores –los profesores–, personas ya formadas y preparadas, que pasaron ellas mismas también por dicha transición y que, debido a su condición de seres “completos y acabados”, tienen por misión velar por el exitoso tránsito de las generaciones jóvenes.

La lección (en esta ocasión en forma de mentira) está precisamente ahí. Porque los personajes que necesitan llevar a cabo una transición son precisamente los protagonistas adultos. Bennett nos plantea que hay momentos de la vida en los que uno no deja fluir lo que lleva dentro, lo deja estancado y, como las aguas, eso pudre poco a poco todo lo que encuentra a su alrededor: aspiraciones, proyectos, ideas. Es fácil intuir que Irwin, en su proceso de transición académica, sufrió, quizás, más de lo necesario y que por ello exige a sus alumnos que repitan el mismo dolor. Hubo algo de Irwin que quedó paralizado en el rito de acceso a la universidad, y ese algo se reproduce allí donde va, impidiéndole una lectura más humanizante del quehacer pedagógico.

Y qué decir de Héctor, que también detuvo el tiempo en algún momento de su juventud, cuando probablemente exploraba maneras de canalizar su deseo sexual en medio de una sociedad hipócritamente puritana. Héctor no transitó hacia la plenitud de realización de su vida afectiva y, mediante métodos didácticos transgresores, pretende sublimar su fracaso a través del éxito de sus alumnos en esa faceta que, según él mismo, tiene mucho más que ver con el sentido de la vida.

Alcanzado este punto, quizás debemos preguntarnos cómo unos seres que se creen perfectos, pero que en el fondo adolecen de imperfección, pueden preparar a unos chicos para la universidad y la vida. Pero esa no es la pregunta clave. Quizás de lo que se trata es de romper esa visión carcomida que contempla las transiciones como algo limitado y especialmente focalizado en edades tempranas –los adultos no transitan hacia ninguna parte–. Quizás de lo que se trata es de asumir que todos vivimos de forma permanente en transición, y que un buen educador debe identificar cuáles son los sueños que dejó o vio destruidos en el pasado, para recuperarlos y darles fuerza. Quizás debemos aceptar que el modelo pedagógico al cual nos adscribimos no tiene tanto que ver con la historia, como con “nuestra” historia y que, parafraseando a Rogers, tenemos que mostrarnos más auténticos, empáticos y confiados con nuestro alumnado.

Quizás debamos ver otra vez *Los chicos de historia*, en el teatro o en el cine, e interrogarnos sobre qué podemos hacer para aprovechar lo mejor y evitar lo peor de Irwin y de Héctor en nuestro constante proceso de desarrollo profesional como educadores, en un marco general de vida cotidiana, con nuestros chicos y, si se me permite, también con nuestras chicas.